

***SESIÓN EN RECUERDO DEL ILMO. SR.  
D. MANUEL SECO-VELASCO AGUILAR***

***Palabras de la presidenta***

Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Sras. y Sres.:

Esta Real Academia celebra en el día de hoy Sesión Pública en memoria y recuerdo de nuestro querido compañero el Académico Numerario y Orfebre el Ilmo. Sr. D. Manuel Seco-Velasco Aguilar.

Sólo muere una persona cuando su recuerdo queda en el olvido, pero si cada día se tiene presente, siempre vivirá. Este es el caso de nuestro Académico, el Ilmo. Sr. D. Manuel Seco-Velasco, por lo que hoy nos reunimos para recordarlo como una gran persona muy querida en esta Academia. Si tuviéramos que juzgarlo, como orfebre es incuestionable, ahí quedan sus obras como gran huella para la posteridad. Como persona era un hombre auténtico, amigo de sus amigos, generoso, listo, simpático, cordial y vivaz; un gran hombre; una gran persona; un gran artista. Esta Academia lo recordará siempre y aunque ya no esté presente, siempre vivirá en nuestro corazón.

Hoy desde arriba, donde está gozando de una eternidad de la mano de la Virgen, también la interpretará con sus obras de arte, rodeado de belleza en el gran cuadro de la gloria.

Es por eso, por lo que nuestro querido compañero Manuel Seco vivirá siempre entre nosotros. Y desde el cielo nos seguirá ayudando para la mejor gloria de esta academia.

Descanse en paz.

*En memoria de*  
***D. Manuel Seco-Velasco Aguilar***  
*por D<sup>a</sup>. Lourdes Cabrera*

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia de Bellas Artes de Sta. Isabel de Hungría.

Ilustrísimos Sres. Académicos.

Dignísimas autoridades.

Queridos familiares del Ilmo. Sr. Don Manuel Seco-Velasco Aguilar.

Señoras y Señores.

Deseo hablarles a ustedes de Manuel Seco-Velasco Aguilar, como artista, y sobre su pasión por la Orfebrería, a la que dedicó toda su vida, y a la maestría con que realizó sus obras.

En Sevilla, ha existido siempre una larga tradición en este campo; nos podríamos remontar a la época tartésica, sobre el siglo VII a.C., que nos ha dejado ejemplos, como los candelabros encontrados en Lebrija, o el tesoro del Carambolo.

Más tarde, con la ocupación romana, aparecen numerosas joyas de uso cotidiano, como fibulas, anillos, pendientes, etc. Y posteriormente a la dominación árabe, nos encontramos, con piezas tan valiosas, como “las Tablas Relicario Alfonsíes” de la Catedral de Sevilla.

A partir de los siglos XIV y XV, los artesanos sevillanos, comienzan a elaborar una abundante obra de orfebrería como, cruces, relicarios, bustos de

plata, y se inicia la creación de las grandes Custodias procesionales; en cuya elaboración destaca la familia Arfe, que empezando con la realización de la Custodia de la Catedral de Toledo, continua con la de Córdoba, y culmina con la de Sevilla, ya en el siglo XVI.

En el Barroco destacan personalidades tan importantes como Juan Laureano de Pina, cuyas obras principales son: la urna de San Fernando, y el Altar de Plata del Jubileo, de la Catedral Hispalense.

Debemos decir que, en todo este tiempo, los talleres de Orfebrería, eran considerados lugares ideales para la preparación de los futuros pintores y escultores; algunos artistas famosos como Donatello, Botticelli o Durero, empiezan sus carreras como aprendices de orfebres. Más adelante el pintor alemán Hans Holbein, diseña varias piezas de joyería para Enrique VIII de Inglaterra.

En el siglo XIX, historiadores, poetas y diseñadores tan interesantes como John Ruskin o William Morris, rechazan el academicismo ecléctico y se lanzan al simbolismo, la creatividad y la inspiración en la naturaleza.

Es en el primer cuarto del siglo XX, donde se introducen innovaciones estilísticas por la Escuela Bauhaus con sede en Weimar (Alemania). Para, su entonces director Walter Gropius, lo más interesante fue igualar las técnicas artísticas con las artesanales. Y la Orfebrería alcanza gran renombre en toda Europa, adquiriendo sus obras notable importancia en cuanto a inspiración y diseño artístico.

Precisamente, en Sevilla, desde la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, y a causa de los numerosos trabajos encargados por las Hermandades y Cofradías de la ciudad – como: coronas, potencias, pasos procesionales, insignias, etc. – se produce un renacer de obras importantes, dando lugar a la aparición de destacadas figuras, como Cayetano González, Villareal, García Armenta, Marmolejo, y la familia Seco: que constituye una saga, que comenzando en pleno siglo XIX, con Manuel Seco Algaba, se continúa con los hermanos, Manuel y Eduardo Seco Imberg, a los que sigue Manuel Seco Velasco – contemporáneo de Cayetano González – y en cuarta lugar, nuestro querido compañero Manuel Seco-Velasco Aguilar, quien a su vez da paso a una nueva generación en sus hijos, Manuel José y Jerónimo.

Manuel Seco-Velasco Aguilar, nace en Sevilla en el barrio de San Román, y es como hemos dicho, la 4ª generación de esta saga de orfebres.

Con 12 años inicia su aprendizaje artístico, con el también orfebre García Armenta. Y más tarde, en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, estudia Orfebrería con el profesor Calleja, Técnicas Escultóricas con

Juan-Luis Vasallo y Manuel Vergara, e Historia del Arte con el pintor Santiago Martínez.

Al referirnos a la obra de Manuel Seco-Velasco Aguilar, su completa dedicación a la Orfebrería, los muchos años que dedica a esta interesante Arte Ornamental, hace que sean gran cantidad de obras las que realiza, por lo que vamos a nombrar solamente algunas de ellas, como por ejemplo:

Los trabajos realizados en plata, para el santuario de San Francisco de Paula (Sur de Italia), a los que dedica 10 años (del 2000 al 2010). Y que consisten en:

Frontal de altar, atril y ambón.

Candelabros para mesa de altar.

Urna relicario

Juegos de candeleros para el presbiterio.

Juego de Cáliz, Copón y Patena.

También entre sus obras podemos citar:

Urna para la beatificación de la Madre María de la Purísima (2009).

Múltiples trabajos para la Catedral y el Arzobispado de Sevilla.

Maestranza de Caballería: Un pendón para el ejército del aire. (2008).

La Candelería del paso de la Virgen de la Macarena.

La Corona de oro de la Reina de los Ángeles, en la Peña de Arias Montano, en Alajar.

La Corona y la Ráfaga de la Virgen del Rocío en Almonte.

La Corona y ráfaga, de oro y esmaltes, de la Virgen de los Milagros de la Rábida (Huelva). En este caso, como en otras obras, tanto en la Ráfaga como en la corona, se emplean esmaltes opacos (sílice cristalizada, con un punto de fusión de 700° centígrados), en una gama de tonos azules.

Urna de plata, para la beatificación de la Madre María de la Purísima (2009).

Y un largo etc.

Manuel Seco-Velasco, ha sentido la gran alegría de ver su obra continuada en su taller por sus hijos, Manuel José y Jerónimo, componentes de la quinta generación de esta saga de orfebres, y de los que permanentemente nos hablaba con orgullo y admiración. Para él, era muy importante ver como la labor de tantas generaciones se prolongaba en ellos.

Su hija Myriam crece también en este ambiente artístico y muy pronto siente la ilusión de dedicarse a la Historia del Arte y a la Arqueología, centrándose en el Arte egipcio.

Entre sus grandes deseos, en estos últimos años, ha figurado su ilusión por viajar a Egipto, para disfrutar con su hija de los importantes descubrimientos que se iban realizando. Cada cierto tiempo organizaba su viaje maravilloso, que era lo que más ansiaba en su vida y para lo que siempre estaba preparado, sin miedo al riesgo que podía presentarse. A veces se dirigía a Alejandría, ya que durante mucho tiempo Myriam trabajó en la investigación de Arqueología submarina, y en los últimos tiempos sus sueños lo llevaron a Luxor, donde se están realizando los descubrimientos del Templo de millones de años del Faraón Tutmosis III.

Pero por encima de todo esto tenemos que destacar su perfil humano. Persona encantadora y sociable, dispuesto siempre a abrir su casa para reunir a sus amigos. Su trabajo en el Taller con sus hijos y los fantásticos viajes a Egipto, han llenado su vida y nos ha dejado un recuerdo ilusionado a todas las personas que lo hemos querido y admirado.

*En memoria de*  
***D. Manuel Seco-Velasco Aguilar***  
*por Rafael Manzano Martos*

Queridísimos Miriam, Nino, Jerónimo, con vuestras esposas, familiares y amigos.

Señores Académicos,

Señoras, Señores.

Este año que termina se nos ha llevado, a un académico ejemplar y amigo entrañable, en la persona de Manuel Seco Aguilar, uno de los escasos artistas que llegaron vivos hasta nosotros, conformando día a día con su arte la viva imagen de esta ciudad, Sevilla, en uno de sus aspectos más característicos y de mayor proyección universal: el de su imagen plástica en su orfebrería litúrgica, tanto en su catedral y sus templos, como en la calle, en sus fiestas solemnes de Gloria, y en las noches y atardeceres pasionistas de su Semana Santa. Es más, sus imágenes más veneradas, las más devotas advocaciones de la Virgen, las custodias procesionales de sus días de Corpus, la identificación en sus “potencias” de la cabeza de sus Cristos, sus coronas, aludiendo al carácter de “Reina y Señora” de la Madre de Dios y los pasos, tumbillos, varales o candelería, que prestan marco a las devociones de esta singular ciudad. A perfilar y labrar esa específica liturgia sevillana dedicó su vida Manolo Seco, que con sus hermanos constituía la cuarta generación de una extraordinaria saga de orfebres, que felizmente no se extingue con él sino que prosigue con

redoblada vitalidad

Manuel Seco, nació en un taller de orfebrería, como nos conto en tantas ocasiones, donde sus ojos y sus manos nacieron también al arte de la plata, recibiendo de su padre y de sus colaboradores los misterios iniciáticos de los secretos gremiales. Así se transmitían hasta nuestro siglo las reglas de la arquitectura, en piedra como en plata, con mayor eficacia y precisión que en nuestras masificadas Escuelas, llamadas pretenciosamente Técnicas y Superiores, y donde el desdichado alumno alcanza a entrever la Arquitectura en medio de una espesa jungla de asignaturas matemáticas o teoréticas. Sólo el dibujo, puro y duro, sin extrañas teorías emergentes puede ser base firme en el inicio profesional de las artes que llevan su nombre. Manuel Seco lo aprendió en aquellas extraordinarias escuelas de Artes y Oficios que también hoy, entre reformas y traslados, han ido perdiendo algo de su primitiva identidad. Muy joven, en los años finales de la década de los cuarenta, lo encontrábamos trabajando en una de las obras más emblemáticas del taller familiar: las andas de tumbilla que habían de servir de trono procesional a la imagen venerandísima de la Virgen del Rocío y que hoy flotando sobre un mar de devotos, forman ya parte irrenunciable de la identidad andaluza. Muy poco después, lo veíamos trazando y dirigiendo personalmente la candelera y faroles de cola del exquisito paso procesional de la Virgen de las Aguas de la Hermandad del Museo, broche de plata de nuestro Lunes Santo, Y desde allí, y en coincidencia con ese despertar impresionante de la vida cofradiera de Sevilla de aquellos años, lloverían sobre el taller los más importantes encargos. Muchas veces he meditado en ese especial milagro que supone en un mundo sumido en el más espantoso materialismo, esta reafirmación de la religiosidad sevillana de nuestro siglo que, siguiendo ancestrales tradiciones ha querido poner la belleza y el fulgor de los más ricos metales al servicio del culto divino y al exorno de las sagradas imágenes que son el soporte vivo y sensible de su sentimiento religioso y de su peculiarísima cultura procesional. El cristianismo, como correspondía al lugar de su nacimiento en el Medio Oriente, fue en sus orígenes anicónico. El Dios único, Yahvé de la Antigua Ley, no podía ser representado sin caer en idolatría. Así lo entendería luego el Mundo islámico en la tradición coránica. Pero el cristianismo tuvo en Jesucristo, Hijo encarnado del Padre, en su Divina Madre en sus antepasados, en su primo, el Bautista, en los Apóstoles, en los mártires y en los Santos seres vivos que el mundo romano y su cultura del retrato quiso fijar en el recuerdo creando una iconografía cristiana. Es la iglesia romana la que desde la identificación del antiguo «moscóforo» con el Buen Pastor de la parábola evangélica iba a decidir el futuro de



las representaciones sagradas que irían en la historia de la cultura occidental plasmando unos prototipos de las sagradas imágenes, siempre en pugna con el Oriente iconoclasta. Y curiosamente en España, en Andalucía, y más aún en Sevilla vivimos con más fuerza que en ningún otro lugar de la tierra, el amor al culto público de estas imágenes sagradas, y queremos poner a sus pies, por manos de sus orfebres, las más ricas y bellas preseas labradas en los más nobles metales. También ello justifica que esta Real Academia haya llegado a tener en su seno una incipiente Sección de Orfebrería que hoy se nos reduce con la ausencia de Manuel Seco.

Pero volvamos a nuestra historia. Quizá la obra más importante como conjunto de su mano, en la que está presente la labor de sus hermanos y de su padre, sea el paso de palio de la Virgen de Loreto de la Hermandad de Nuestro Padre de las Tres Caídas de la Iglesia Parroquial de San Isidoro. En esta Hermandad, toda la platería, varales del palio, candelería, candelabros de cola, e incluso las potencias de oro del Cristo, proceden de este taller familiar, que pronto iba a irradiar hacia el entorno de Sevilla. Y así Cádiz encargaría su paso de Cristo del Señor Cautivo, o el Convento de Ntra. Sra. del Carmen de San Fernando la Corona y el paso procesional de su imagen así como un espléndido ostensorio del tipo de sol radiado que es el más bello en su género de los salidos del taller. Ese encargo traería otro para una imagen de gran devoción popular: la Virgen de Regla, la marinera y antiquísima imagen anclada al borde de mar de Chipiona, junto al cabo donde la Costa marca el fin del antiguo lago Ligustino, y hoy la desembocadura del Guadalquivir, el lugar donde Cepión plantara uno de los faros más famosos de la antigüedad. Para ella se iban a labrar las coronas de la Madre y del Hijo, y la gran ráfaga de plata que envuelve la imagen. Y a Málaga llegaría también la obra de este taller artístico de todas las Andalucías, en la obra del Trono de la Virgen de los Dolores de la Hermandad de la Expiración de aquella ciudad, hasta Huelva y sus particulares devociones, en la pequeña y delicada labra de la ráfaga y corona de la Virgen de los Milagros del histórico Convento de la Rábida, o en el trono y templete procesional de la Virgen de la Cinta, patrona de la capital de la Provincia. Jerez es punto de equilibrio entre el Cádiz marinero y la vieja Capital del reino. Si Sevilla es la reina del Guadalquivir, Jerez lo es del Guadalete, y es ciudad medieval de personalidad peculiarísima tanto en sus tradiciones como en sus devociones. Jerez debe a nuestro taller dos conjuntos importantes que constituyen hoy seña de identidad de su vida procesional y cofradiera: Me refiero al paso de palio de la Virgen de la Hermandad de las Cinco Llagas radicada en el antiguo Convento de San Francisco Extramuros,

con sus respiraderos, varales de palio, candelaria, e incluso las potencias del Cristo de dicha advocación. Pero sobre todo, cabe recordar el templete procesional de la imagen de Nuestra Señora de la Merced, patrona de la Ciudad, que es pieza de magistral perfección arquitectónica. Hemos visto aquí a los Seco ejecutando vasos sagrados, cálices, copones, custodias, píxides, a más de la ya citada y abundante orfebrería procesional. Ha tenido que llegar la última y quinta generación familiar para realizar una gran custodia de asiento, tal vez la más grande y suntuosa de la Historia, que, junto a una tiara pontificia para el Palmar de Troya, son la obra del taller del último Manuel José —Nino— Seco, y de su hermano Jerónimo, que hoy prolongan con taller propio y juvenil entusiasmo la larga tradición de sus mayores. Junto a esta importante producción de obra prima debemos recordar aquí la larga nómina de restauraciones realizadas en obras de orfebrería de tiempos pretéritos. Pero solo voy a entresacar dos por ser en extremo representativas: El año 1948, conmemorativo del séptimo centenario de la Conquista de Sevilla, fue momento de gran renovación de los museos e iglesias de la Ciudad, precisamente bajo el consejo artístico de destacados académicos de la época, y los auspicios favorables de la Dirección General de Bellas Artes entonces regida por el Marqués de Lozoya y la presión ejercida desde la Subsecretaría del Ministerio de Educación Nacional por el inolvidable sevillano Luis Ortiz Muñoz. Fue el momento de la gran restauración de la Capilla Real, para la que se labraron los bultos funerarios orantes de Doña Beatriz de Suabia y de Don Alfonso X el Sabio. También hubo una restauración total de la urna de San Fernando, labrada, en el siglo XVIII por el jerezano Juan Laureano de Pina, y de los frontales, credencias y rica colección de lámparas votivas. Cincuenta años después, la generación joven, ha vuelto, junto con otras restauraciones de la plata catedralicia, a poner a punto este prodigioso conjunto de orfebrería de nuestra Capilla Real. Es esta misma generación, bajo la amorosa mirada y apoyada por la larga experiencia paterna, la que ha venido realizando reparaciones importantes para su estabilidad y mantenimiento, aunque discretas en apariencia exterior, en la gran custodia catedralicia de Juan de Arfe, y ha llevado a cabo una trascendental restauración, casi reconstrucción diríamos, de la bellísima custodia procesional de la Catedral de Cádiz que, con su «cogollo» gótico, su torre tardorrenacentista, y su carro de plata barroco, es síntesis histórica de los tres grandes siglos de la orfebrería andaluza.

Un día, con motivo de su ceremonia de ingreso, hizo entrega a la Academia, de un precioso objeto en plata, realizado por su mano. Se trataba de la escribanía que preside con sus brillos, la mesa de honor del estrado de esta

Sala. Es pieza inspirada en las formas neoclásicas de las famosísimas platerías de Martínez de Madrid, pero con elementos decorativos que le dan personalidad propia, y la afincan en la tradición andaluza.

Pero Manolo, no solo ha dedicado su vida al servicio del culto Divino, por lo que Dios lo premiará en el Cielo, permitiéndole contemplar a la Virgen con las doradas ráfagas y coronas que él le labró en la tierra, sino que también le concederá el reencuentro con los amigos, con los familiares perdidos y con tantos a los que también dedicó buena parte de su existencia en el ejercicio de la amistad tal cual la concebía Marco Tullio.

En las largas noches de verano junto al frescor del agua de la alberca y a la sombra del limonero nos reunía a sus amigos en animadas tertulias refrescadas con Cruz Campo, en torno a la tortilla española, hábilmente cuajada por la mano certera de las dos damas que lo gobernaron, su inolvidable Mari Pepa o su hija Miriam, su hija queridísima, y egiptóloga de cabecera.

En los días fríos del invierno los encuentros eran al calor de la chimenea de su salón viejo, en el jardín de la casa, mitad taller, mitad templo familiar, donde todavía podía contemplarse la ya inútil prensa industrial, junto a dibujos de “academias” de viejos artistas amigos de las sucesivas generaciones de orfebres de la familia. Será muy difícil volver a celebrar allí las fiestas familiares sin su presencia.

Y esta amistad se extendía de la intimidad doméstica a su ciudad,- Sevilla,- cuyo casco viejo, es lugar óptimo de convivencia y paseo del sevillano que goza allí de sus fiestas y de sus fastos, y donde se encuentra con sus amigos en lugares sagrados para el ejercicio de la amistad en torno a una copa de jerez o de manzanilla sanluqueña. Manolo tuvo siempre su tertulia predilecta en el Rinconcillo, lugar de encuentro de artistas, escritores o periodistas.

Periodista era Nicolás Salas, uno de sus últimos grandes amigos, cuya muerte marcó el principio del fin de su vida.

Con Manuel Seco-Velasco, el cuarto de su dinastía de orfebres, la academia pierde un gran artista y un gran maestro del oficio, pero todos sus compañeros perdemos la presencia en nuestras vidas de un amigo irrepetible e inolvidable.



*En memoria de*  
***D. Manuel Seco-Velasco Aguilar***  
*por Ramón Corzo Sánchez*

Excma. Sra. Presidenta,  
Excmos. e Ilmos. Sres Académicos,  
familia del Ilmo. Sr. D. Manuel Seco-Velasco Aguilar,  
Sras. y Sres.:

Me corresponde intervenir en esta sesión necrológica para glosar la personalidad de nuestro desaparecido compañero de Corporación, el insigne orfebre don Manuel Seco-Velasco, precisamente en su faceta como Académico.

Manuel Seco-Velasco, tuvo en nuestra Academia una presencia constante y destacada, desde el año de 1997, cuando fue elegido en la sesión plenaria del 21 de enero para ocupar la vacante del hacía poco fallecido, don José Guerrero Lovillo.

Puede resultar sorprendente que Manuel Seco-Velasco, un afamado profesional de la orfebrería, viniera a ocupar el lugar de un catedrático de Historia del Arte, lo que ocurrió por esas especiales circunstancias que se dan en las Academias para conseguir el conveniente equilibrio necesario entre los componentes de cada una de las secciones; quizás convenga que describa brevemente el proceso de aquella elección, que conocí muy directamente en mi condición entonces de Secretario General, bajo la Presidencia del Excmo. Sr. D. Antonio de la Banda y Vargas.

El caso es que ya se había sugerido en varias ocasiones la conveniencia de traer a la Academia al orfebre Manuel Seco-Velasco, por su valía personal, por su carácter de representante de la familia Seco de orfebres sevillanos, de la que él pertenecía a la cuarta generación, siempre dentro de los más admirados en la ciudad, y porque su personalidad, afable y extrovertida le llevaba a estar muy presente en los círculos artísticos y culturales sevillanos; sin embargo, y aun siendo nuestra Academia una de las pocas provinciales de Bellas Artes que cuenta con una Sección de Artes Suntuarias, no existía en ella la vacante que merecía ocupar.

Cuando se produjo el fallecimiento de don José Guerrero Lovillo, adscrito a la Sección de Arquitectura, don Antonio de la Banda vio una oportunidad adecuada para rehacer la composición de las Secciones de forma más acorde con la especialización de sus componentes. Se trasladó a la plaza de la Sección de Arquitectura a don Rafael Manzano Martos, que estaba adscrito a la Sección de Pintura en su condición de Catedrático de Historia del Arte, lo que permitió que esa plaza de Pintura la ocupara el propio don Antonio de la Banda, hasta entonces en la Sección de Artes Suntuarias, y, de ese modo, se hizo posible convocar la elección de un nuevo Académico de Artes Suntuarias. La propuesta, avalada por los Numerarios del Río Llabona, García Gutiérrez y Marmolejo Camargo, fue presentada sin que hubiera ningún otro candidato y la elección se produjo por unanimidad de todos los asistentes, lo que demuestra el decidido consenso previo de la Academia sobre su persona.

El ingreso solemne en la Academia se produjo el día treinta de octubre de 1998, lo que equivale a decir que han sido veinte los años que ha desempeñado Manuel Seco-Velasco de vida Académica, durante los cuáles ocupó el sillón número 2, por tanto, uno de los más antiguos de la Corporación.

Este sillón número 2 fue creado, al igual que los primeros veinticuatro de la Academia en el año de 1850 y su primer ocupante fue don José María Benjumea, quien desempeñó el cargo de Tesorero hasta su fallecimiento en 1859. Le sucedió don José Fernández Espino, catedrático de Estética, quien fue también miembro Numerario y Presidente de la Academia de Buenas Letras, así como Secretario de nuestra Corporación de 1874 a 1875, en que falleció. Entre 1876 y 1922, ocupó esta plaza don José Joaquín Camuñas, activo bibliófilo, quien desempeñó durante todos estos años el cargo de Tesorero y a quién sucedió, hasta 1941, el insigne militar y escultor don Manuel Delgado Brackenbury, tan conocido por su labor en fachadas, fuentes y monumentos vinculados a la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Tras él, fue don Joaquín Romero Murube quien ocupó la plaza académica hasta 1969; ya le re-

cordaba el propio Manuel Seco-Velasco en su discurso de ingreso, puesto que fue un escritor fundamental en la comprensión de la ciudad y de su Alcázar que dirigió durante treinta y cinco años; nuestra Academia le recuerda siempre con gratitud por la cesión de su interesantísima biblioteca. Los veinticinco años siguientes, de 1970 a 1996, fue don José Guerrero Lovillo el ocupante del sillón número 2 de la Academia; don Manuel Seco-Velasco, ya señalaba en su discurso de ingreso que no llegó a tratarle personalmente, debido en gran medida a la mala salud que padeció en sus últimos años y que le impedía, prácticamente, participar en la vida académica, pero dando muestra de su gran preparación intelectual, Seco-Velasco compuso una rigurosa biografía de don José Guerrero Lovillo en la que destacó, precisamente, su vinculación con el Alcázar y la cultura sevillana en cuya tradición representada por los Académicos ya nombrados, supo insertarse Manuel Seco con la mayor naturalidad.

El discurso de ingreso de Manuel Seco-Velasco es una hermosa y sentida reflexión sobre la profesión de orfebre. Me gustaría destacar una reflexión del artista que a mí me parece especialmente acertada. Dice allí Manuel Seco-Velasco, que de las distintas operaciones que realiza el orfebre la que más le atraía era la de la fundición, y con ello viene a reconocer ese papel esencial que tuvo en el desarrollo de la Humanidad el descubrimiento de la metalurgia. Hasta el inicio de la Edad de los Metales, los seres humanos no habían llegado a comprender nuestra capacidad para transformar la materia; es en la fundición del metal dónde se obtiene una forma dotada de valores estéticos a partir de un lingote informe, algo que supone un dominio de la materia inerte en la que los seres humanos supieron reconocer un hecho digno de la propia divinidad. El orfebre crea en su obra con todo el valor de una acción que supera a lo natural, que se identifica con lo sobre natural y le hace sentir la plenitud de su acción. Por ello, Manuel Seco-Velasco, como todos los grandes orfebres, reconocía en su actividad un don supremo que le proporcionaba auténtica y plena felicidad.

Otra intervención de Manuel Seco-Velasco en nuestra Academia fue la disertación que dedicó a su amigo y compañero, Fernando Marmolejo Camargo en su sesión necrológica. En aquel discurso, Manuel Seco-Velasco, nos reveló el sentido de su afecto hacia quien podría considerarse su competidor en el ámbito de la orfebrería sevillana de la segunda mitad del siglo XX; ambos participaron de las enseñanzas de los mismos maestros y Manuel Seco-Velasco nos narró como el maestro de Fernando Marmolejo, Cayetano González, supo ver en su discípulo a un artista innovador y de profunda capacidad intelectual, que supo demostrar muy pronto su originalidad. Es un honor

para esta Academia que ambos estuvieran con nosotros.

La presencia de Manuel Seco-Velasco en todas las actividades corporativas fue constante. Todos recordamos como llegaba puntualmente o con tiempo sobrado a cada una de las sesiones, a pesar de que tuvo algunos problemas de salud, pero hasta el pasado año, no dejó de estar presente con asiduidad en los actos académicos. Su simpatía y su afecto por todos los compañeros eran esenciales para mantener la cordialidad. Participó en todas las tareas para las que fue requerido y también fue siempre generoso con la Academia, para la que doraba todos los años la Medalla de la Exposición de Otoño.

En la mesa presidencial de la Academia reposa la escribanía que ofreció en su acto de ingreso; es una obra de gran originalidad y equilibrio, a la que él quiso dotar de un estilo propio de la época de la Ilustración, en la que se crearon nuestras corporaciones. Gracias a ella, le tendremos siempre presente.

Entre otras muchas preciosas obras, Manuel Seco-Velasco tuvo la dicha de labrar la corona de la Virgen para cuatro de sus imágenes más queridas: Nuestra Señora de la Salud de la Hermandad de los Gitanos, la Reina de los Ángeles de la Peña de Arias Montano de Alájar, la Virgen de los Milagros de La Rábida y la Virgen del Rocío. A ellas les corresponde ahora otorgarle la corona de la Salvación.



## ***EXPOSICIONES***

